

LAS GUERRAS MÉDICAS: UN HITO PARA LA IDENTIDAD DE LA GRECIA CLÁSICA

The Greco-Persian Wars: a landmark for the identity of classical Greece

Germán Burgos Ffrench – Davis
Universidad Católica de la Santísima Concepción
Gburgos@Ucsc.Cl

RESUMEN

Este estudio tiene como propósito reflexionar sobre la importancia del enfrentamiento entre Persia y buena parte de la Hélade, a comienzos del siglo V a. de C. La trascendencia de la lucha se manifiesta en dos aspectos fundamentales: en cuanto enfatiza la identidad de los griegos como sujetos libres, radicalmente distintos de un mundo bárbaro esclavizado, y en cuanto conduce a la transformación de las fuentes que, a partir de Heródoto, presencian el nacimiento de la historiografía.

Palabras Clave: Libertad – Identidad – Heródoto – Persia – Guerras Médicas

ABSTRACT

The purpose of this article is to meditate about the importance reached by the engagement between the Achaemenid Empire and a considerable fraction of Greece, at the early 5th century BC. The importance of this struggle is made obvious by two fundamental aspects: first, the war reinforced Greeks' identity as free individual radically different from the outer enslaved barbarian world, and second, it paved the road for a major transformation in the sources which from Herodotus witnessed the beginnings of Historiography.

Key Words: Freedom – Identity – Herodotus – Persia – Persian Wars

1. Introducción

Escoger un suceso histórico como punto de inflexión para marcar el paso de una época a otra —o, en mi caso, seguirlo como criterio divisorio entre la Grecia arcaica y el período clásico— puede considerarse antojadizo. Mientras luchaban con los persas en Maratón, las Termópilas, Cabo Artemisio, Salamina, Platea y Micala, ningún oficial o soldado griego se detuvo a pensar que participaba de un proceso que resultaría altamente funcional para la historiografía posterior, del mismo modo en que Odoacro no estaba consciente de haber iniciado la Edad Media en 476 y los *sans-culottes* parisinos no se levantaron el 15 de julio de 1789 felicitándose por haber terminado con la Edad Moderna durante el asalto a la Bastilla del día anterior. Todo hecho histórico convertido en *hito* o en *gesta* encierra algo de arbitrariedad, pero hace mucho que dichos jalones tienen su patente de legitimidad historiográfica y cuestionar su validez merecería un estudio por sí solo, además de proponer nuevos nombres y límites en reemplazo, con sus propias dosis de capricho.

No obstante, sería insincero de mi parte adoptar un aire hipercrítico y discutir la abrumadora carga simbólica —real e imaginaria— de las Guerras Médicas como instante supremo en la defensa de la *eleuthería*, la libertad griega. Si resulta una obligación atenerme a las periodificaciones generalmente aceptadas, como hace todo el mundo, agregaré que dicho deber está lejos de resultar penoso. La lucha contra el *Gran Rey* supuso cambios en dos aspectos, al menos, que ameritan considerarla como un tiempo de tránsito histórico: en la naturaleza de las fuentes y en la forma de entender la identidad griega. Y esa identidad estaba profundamente imbricada con el hecho de que los griegos, por sobre todas las cosas, se preciaban de ser hombres libres. Ese ser en libertad, esa calidad de hombre libre (*eleutheros*) es lo que defendieron los hoplitas y marinos griegos que plantaron cara al gran Imperio Aqueménida. Consistía ésta en una mentalidad típica de la polis, consolidada al mismo ritmo en que dicha clase de comunidad se había ido formando durante la Grecia arcaica y decantada sobre una cosmovisión que, en general, abrió las puertas a la especulación científica y filosófica y, en particular, significó el nacimiento de la historiografía con los *Nueve Libros* de Heródoto.

2. Nueva época, nuevas fuentes.

En cuanto a las fuentes, Heródoto de Halicarnaso relata el conflicto en su *Historia* y, al mismo tiempo, hace nacer la historiografía. Como todos los precursores, el sabio de Halicarnaso ha sido víctima de incesantes críticas, tendencia inaugurada ya por Tucídides, para quien los trabajos de cronistas y logógrafos anteriores descansaban sobre “hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito”;¹ la alusión a Heródoto, aunque indirecta, es evidente. También durante la Antigüedad, en su *De Malignitate Herodoti (Sobre la Malicia de Heródoto)*, Plutarco sostiene que, ante la obra herodotea, se siente “obligado a defender a nuestros ancestros y a la verdad, en contra de sus escritos”.² Entre estos dos extremos han oscilado a partir de entonces las acusaciones levantadas en contra del *Padre de la Historia*: desde la credulidad del ingenuo que acepta el mito sin sentido crítico, hasta la maquinación fraudulenta del hábil mentiroso. Sobre el duelo que Plutarco sostiene con el recuerdo de Heródoto, habrá ocasión de volver cuando me refiera a la actuación de los tebanos en la lucha contra el medo. A propósito del mito, en tanto, Heródoto inaugura en la historia la transformación que Tales y Anaximandro habían iniciado en la filosofía. Dicho tránsito fue sorprendido en estado incompleto por los estertores agónicos del mundo antiguo y es obvio que, afincados en los comienzos del proceso, los nueve libros de Heródoto atiendan más a la mitología que, por ejemplo, los *Anales* de Tácito. Heródoto nunca renunció al mito, como jamás lo hizo la Hélade en general, por mucho que fuera seducida por el *logos*; sin embargo, abundan en su obra los intentos conscientes por explicar los sucesos a partir de la evidencia y los testimonios humanos, alejándose de la fantasía épica de los héroes y dioses.

Heródoto innova desde el principio de su obra. El proemio reza así:

Éste es el resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso, para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento—, queden sin realce.³

El historiador presenta su nombre y procedencia, siguiendo la tendencia de afirmación de la individualidad, tan típica del pensamiento griego. La costumbre de presentarse al comienzo de la obra fue realmente inaugurada por Hecateo de Mileto, pero Heródoto es de los primeros que le imita.⁴ Heródoto enfatiza que, tan importante como el contenido de una obra, es el autor, quien se hace responsable de lo que se dice y se deja de decir, tan distinto al planteamiento del mito, cuyo origen se desvanece en la bruma difusa de la tradición oral. Esa misma tradición oral será aprovechada como materia prima para la *Historia*, pero haciéndose cargo del compromiso que supone escoger una u otra leyenda e interpretarla de la manera más verosímil posible.

El historiador de Halicarnaso acepta que los mitos pueden consistir en la única puerta de acceso a determinadas parcelas del pasado, pero tiene la intuición y la valentía de presentar la leyenda como el sedimento depositado sobre la realidad, que es necesario remover para aproximarse a la verdad. Sin descartar el mito como fuente de información valiosa, Heródoto se interesa fundamentalmente sobre los hechos ocurridos en época histórica. Poco antes de relatar la terrible muerte del tirano Polícrates de Samos, a manos del sátrapa Oretes, nos dice sobre aquél que, de todos quienes aspiraron a conseguir la hegemonía en el Egeo, “en la llamada época humana, el primero fue Polícrates, que abrigaba grandes esperanzas de llegar a imperar sobre Jonia y las islas.”⁵ El terreno donde se encuentran las certezas es el histórico, de modo que, hasta donde puede constar, nadie se adelanta al tirano samio en el proyecto de dominar los mares. Minos, el *Rey del Mar*, cabeza de la antigua talasocracia minoica,

¹ Tucídides, I, 21, 1.

² Plutarco, *Sobre la Malicia de Heródoto*, 1.

³ Heródoto, proemio.

⁴ Cfr. Gómez-Lobo, Alfonso; *Las Intenciones de Heródoto*, en *Estudios Públicos*, 59 (1995), pp. 1-16.

⁵ Heródoto, III, 122, 2.

pertenece a otro campo, distinto de la “época humana”; su existencia no es necesariamente falsa, pero es hijo del dios Zeus y de la princesa tiria Europa, hermano de Sarpedón y Radamantis, padre de Deucalión y abuelo de Idomeneo, todos héroes míticos, propios de la poesía épica, no de la historia inaugurada por el microasiático. Heródoto, empero, está lejos de negar las realidades sobrenaturales. Si Polícrates sufrió el horrendo final que tuvo, fue porque el destino no admite que un mortal tenga tanta suerte como había tenido el samio hasta entonces; aquello va contra el orden del cosmos guardado por los dioses. El hombre está sometido al *hado*, al destino caprichoso e ineluctable; “son los avatares del destino los que se imponen a los hombres y no los hombres a los avatares del destino”,⁶ “el hombre es pura contingencia”,⁷ porque “la divinidad es, en todos los órdenes, envidiosa y causa de perturbación”,⁸ escribió Heródoto.

¿Significa que Heródoto niega la libertad humana? En absoluto. El ser humano debe poner los medios para evitar la sanción. Si incurre en el pecado de la desmesura (*hybris*), contrario a la moderación o templanza (*sophrosyne*), atraerá sobre sí el castigo vengativo (*némesis*) de los dioses. Como Jerjes, que pretende conquistar más territorio que aquél permitido por el estado natural de las cosas, que asigna Asia para los persas⁹. Al trasponer los límites de Europa, el Aqueménida sólo consigue aplastantes derrotas, propiciadas por una divinidad custodia y restablecedora del equilibrio. El hombre debe practicar las virtudes en su vida a fin de evitar la hostilidad de los dioses, incluso si la vida virtuosa tampoco es garantía absoluta, como enseñan tan a menudo las tradiciones recogidas por la tragedia griega. La prudencia y la justicia aparecen usualmente en boca de hombres sabios, que las aconsejan a los poderosos, para que no se expongan al justo castigo de las potencias sobrenaturales, como Solón respecto de Creso.¹⁰ El mismo rey de Lidia, que en su hora desoyó las advertencias del legislador ateniense, vencido y despojado de su reino por Ciro, se convierte en consejero del gran conquistador iranio, a quien confiesa: “mis sufrimientos, por lo penosos que han sido, me han servido de lección”.¹¹

La figura de Creso resulta clave para dilucidar la forma en que la obra herodotea consigue equilibrar el mito con la historia, el campo del hado inevitable con el de la libertad del hombre griego, que es aquello que en primer lugar convoca estas reflexiones. Inmediatamente después del proemio, Heródoto pasa revista a las mutuas agresiones de helenos y bárbaros asiáticos, presentes en la tradición, en un intento por precisar la culpa en el estallido de la guerra. Luego de relatar los sucesivos raptos de mujeres, que habrían desencadenado mutua animadversión, según las versiones de unos y otros,¹² Heródoto hace gala de un pragmatismo sorprendentemente racional, cuando se niega a tomar partido por una u otra versión legendaria. “Yo, por mi parte —escribe Heródoto—, no voy a decir al respecto que fuese de una u otra manera, simplemente voy a indicar quién fue el primero, que yo sepa, en iniciar actos injustos contra los griegos.”¹³ El responsable no es otro que Creso, rey de Lidia, “que sometió a algunos griegos, obligándoles al pago de tributos y que se ganó la amistad de otros; sometió a los jonios, eolios y dorios de Asia y se ganó la amistad de los lacedemonios. En cambio, antes del reinado de Creso, todos los griegos eran libres”.¹⁴ El culpable es Creso, un personaje plenamente histórico, cuyas elecciones libres equilibran la balanza como factor explicativo de la causalidad histórica, con tanta validez como las determinaciones de la divinidad, que ya no valen como excusa para el actuar del hombre. La historia, con Heródoto,

⁶ Íd., VII, 49, 3.

⁷ Íd., I, 32, 4.

⁸ Íd., I, 32, 1.

⁹ Cfr. Íd., I, 4, 4.

¹⁰ Cfr. Íd., I, 28-33.

¹¹ Íd., I, 207, 1.

¹² Cfr. Íd., I, 1-5

¹³ Íd., I, 5, 3.

¹⁴ Íd., I, 6, 2-3. Ciro II de Persia, en las campañas con que edificó el Imperio Aqueménida, venció a tres grandes reinos del Asia occidental: Media, Lidia y el Imperio Neobabilónico. El Egipto Saíta, la última potencia con fuerza teórica como para resistir a los iranos, fue anexada por Cambises, hijo de Ciro. El reino de Creso fue conquistado hacia 540 a. de C. Tal como apunta la cita tomada de Heródoto, antes de la emergencia de Persia, Lidia era la primera potencia del Asia Menor y, como tal, había mantenido mediatizadas algunas *poleis* microasiáticas. Cfr. Frye, Richard; *La Herencia de Persia*, Guadarrama, Madrid, 1965, pp. 108-126.

comienza a hacerse posible y, al mismo tiempo, el historiador de Halicarnaso completa en el terreno de esta disciplina el gran cambio de mentalidad, observado en el pensamiento filosófico presocrático, que dará forma a la polis como ambiente idóneo de la *eleuthería*.

3. El problema de la libertad ante la invasión persa.

En *Los Persas* de Esquilo, el peán que entona la flota en Salamina, lista para caer sobre el enemigo, rezaba así:

Adelante, hijos de los griegos, libertad a la patria.
Libertad a vuestros hijos, a vuestras mujeres, los templos
de los dioses de vuestra estirpe y las tumbas de vuestros
abuelos. Ahora es el combate por todo eso.¹⁵

Una gran coalición de *poleis*, unidas como nunca se había visto en el mundo griego, ponen sus diferencias de lado y actúan mancomunadamente para hacer frente al peligro que se cierne sobre la *eleuthería*, proveniente desde las profundas inmensidades del Asia. A simple vista, es el instante de mayor coherencia entre los discursos de las fuentes y los protagonistas del escenario histórico. Y, sin embargo, apenas apagados los ecos de la guerra, ésta se convirtió en mito, hermozeado, magnificado y manoseado por las generaciones posteriores, al punto de compartir sitio en la tragedia con los relatos tradicionales del *epos* heleno. De partida, los griegos y los occidentales olvidamos a menudo que no involucró a todo el mundo griego, toda vez que las poderosas *poleis* ponentinas se mantuvieron al margen. Requerida su ayuda, Gelón de Siracusa condiciona el socorro de Sicilia a su nombramiento como comandante supremo, sabedor de que aquello resultaría inadmisibles para atenienses y lacedemonios.¹⁶ Dígase en descargo del siracusano que afrontaba sus propios problemas: aliado de la potente Acragas, debía defender la *eleuthería* de los griegos italianos y sicilianos, frente a la agresión cartaginesa, tanto como Atenas y Esparta debían liderar la resistencia de la Hélade balcánica ante el peligro persa. Incluso, una tradición sostiene que las batallas de Salamina y de Himera, en Sicilia, ocurrieron el mismo día.

Siracusa no fue la única defección del bando griego. Argos estaba más preocupada de su secular rivalidad con Esparta en el Peloponeso, de modo que prefirió mantenerse al margen. Por motivos distintos, su ejemplo fue seguido por Creta y Corcira. Otros griegos derechamente lucharon bajo las enseñas del *Gran Rey*, como los tesalios y los tebanos, y no fueron éstos los únicos en hacerlo; Heródoto enumera otros¹⁷ y solamente los jonios del Asia alcanzan un número considerable. En realidad, la mayoría de las *poleis* estuvo al margen del esfuerzo directo o indirecto de la guerra.¹⁸ Aquellas determinadas a resistir¹⁹ se reunieron en un Congreso panhelénico en el istmo de Corinto, oportunidad en la que se juramentaron contra los filopersas en los siguientes términos: “todos los pueblos griegos que, sin verse forzados a ello, se habían rendido al Persa, deberían ofrecer al dios de Delfos, cuando la situación se hubiese restablecido favorablemente para los intereses de la Hélade, la décima parte de sus bienes”.²⁰

¿Significa que en Argos, Tebas, Tesalia, Corcira o Jonia la *eleuthería* no constituía un asunto relevante? Responder afirmativamente sería sorprendente y, sobre todo, falso. Los argivos, los tebanos, los corcireos, así como los habitantes de Tesalia y Jonia, vivían en *poleis* soberanas, dotadas de gobiernos cimentados en la ley, cuya condición esencial de existencia era la libertad. La verdad es que, extraídos éstos como ejemplos, voy a mostrar cómo su defección no autoriza a relativizar la importancia de la *eleuthería* como uno de los estímulos más poderosos del imaginario helénico.

¹⁵ Esquilo, *Los Persas*, 400-405.

¹⁶ Cfr. Heródoto, VII, 157-162.

¹⁷ Cfr. Íd., VII, 132, 1.

¹⁸ Cfr. Cotterell, Arthur; *Los Orígenes de la Civilización Europea*, Crítica, Barcelona, 1986, pp. 252 y ss.

¹⁹ Una lista de las *poleis* coaligadas aparece en la *Columna de la Serpiente* de Estambul, cuya procedencia original es Delfos, seguramente como exvoto presentado por los aliados victoriosos de 479. El texto es citado por Osborne, Robin; op. cit., p. 399.

²⁰ Heródoto, VII, 132, 2.

Los jonios, sometidos al poderío persa desde hacía ya algún tiempo, se habían sublevado masivamente en 499 a. de C., ocasión en que recibieron alguna ayuda de Eretria y Atenas. Casi diez años lucharon los ejércitos y la marina del *Gran Rey* intentando restablecer los dominios de su amo en la costa de Anatolia. Si los jonios fueron derrotados, no fue por falta de valentía o determinación. En Lade, los griegos microasiáticos reunieron más buques que los alineados por la Grecia balcánica en Salamina. Quizá les faltó un mando unificado, mejor planificación, mejores pilotos, lo que fuera, menos voluntad de vencer y de recuperar su libertad.²¹

De Gelón, Heródoto cuenta que el tirano despachó emisarios con destino a Delfos, instruidos para pagar un fuerte tributo a Jerjes y negociar las condiciones para un sometimiento favorable²². De ser ciertas estas intenciones de Gelón, sería claro que nunca tuvo la intención de luchar contra los persas, aunque tampoco podemos reprocharle su preocupación por dividir sus fuerzas para enfrentar a los dos más poderosos imperios del mundo conocido —Persia y Cartago— al mismo tiempo. Lo que sí consta es que presentó batalla a los cartagineses y prevaleció, en la ya mencionada batalla de Himera, permitiendo la existencia libre de las colonias occidentales.

De la actitud de Argos, Heródoto presenta las distintas versiones que circulaban en su época.²³ Dando una nueva prueba de su ecuanimidad, el microasiático escribe lo siguiente: “si yo me veo en el deber de referir lo que se cuenta, no me siento obligado a creérmelo todo a rajatabla —y que esta afirmación se aplique a la totalidad de mi obra—”.²⁴ Hasta se llegaba a decir que los mismos argivos habían instigado a los persas para atacar Grecia, como una forma de obligar a Esparta, su rival en el Peloponeso, a poner su atención y sus hoplitas en otra parte. En efecto, pocos años antes de la invasión persa, Argos había sufrido una catastrófica derrota ante los espartanos, de la que aún no se recuperaba plenamente cuando estalló la Segunda Guerra Médica. De todos modos, para los argivos, la perspectiva de ingresar a la fuerza en la Liga del Peloponeso no tenía por qué parecerles mejor que convertirse en tributarios de Jerjes, con quien no tenían rencillas, mientras que con los lacedemonios compartían un largo historial de enfrentamientos y odiosidades. Si es cierto que las acciones de los argivos pudieron parecer egoístas, por otro lado, no les resultaba urgente defenderse de los persas, en tanto que su libertad hacía tiempo que peligraba por la amenaza de los espartanos.

Los corcireos habían sido tradicionalmente aislacionistas. En la víspera de la Guerra del Peloponeso, cincuenta años más tarde, Tucídides hace decir a los delegados que Corcira envía para obtener ayuda de Atenas frente a Corinto: “nosotros, hasta este momento, nunca hemos querido ser aliados de nadie.”²⁵ Heródoto sostiene que Corcira envió naves, pero nunca tuvo la intención de hacerlas participar en batalla²⁶, aunque no da cuenta del origen de esta versión de los hechos. Sólo admite que movilizaron su potente flota. Los corcireos, según Heródoto, tras la victoria griega en Salamina, habrían pretextado que vientos desfavorables les impidieron llegar a tiempo. Lo que me interesa enfatizar es que el autor no entrega ningún argumento para acusar fundadamente a los corcireos de haber mentido y es muy probable que no hayan alcanzado a llegar a tiempo para la gran batalla.

De los tesalios, el mismo Heródoto reconoce que se aliaron con los persas a regañadientes.²⁷ Habían enviado emisarios al congreso reunido en el istmo y luego pidieron ayuda para custodiar el desfiladero del Olimpo, en el valle del Tempe. Los refuerzos llegaron, pero recibieron órdenes de retirarse hacia el sur, cuando se dieron cuenta de una ruta alternativa por la que el invasor podría penetrar, cosa que efectivamente ocurrió luego. Una vez que el mando coaligado decidió resistir en las Termópilas y en el cabo Artemisio, retirando sus

²¹ Cfr. Osborne, Robin; *La Formación de Grecia. 1200-479 A.C.*, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 377-381.

²² Cfr. Heródoto, VII, 163-164.

²³ Cfr. *Íd.*, VII, 148-152.

²⁴ *Íd.*, VII, 152, 3.

²⁵ Tucídides, I, 32, 4.

²⁶ Cfr. Heródoto, VII, 168.

²⁷ Cfr. *Íd.*, VII, 172-174.

fuerzas de Tesalia, las *poleis* tesalias se vieron en la obligación de hacer entrega de *la tierra y el agua* a los heraldos de Jerjes.

El caso de los tebanos es más controvertido. Durante la Guerra del Peloponeso, Tebas fue un actor clave en la lucha al lado de Esparta, dada su secular enemistad con Atenas, vecina austral de Beocia. En dicho conflicto, hubo un episodio en que los plateos, aliados de los atenienses y enemigos tradicionales de los tebanos, intentando obtener misericordia para su pequeña ciudad, rendida al asedio de los lacedemonios y sus coaligados, utilizan el contraste entre su actitud comprometida con la causa griega frente a Persia y el colaboracionismo de los tebanos.²⁸ Son muchas las ocasiones en que Tebas fue objeto de tan vergonzante reproche y su postura en la guerra entre Atenas y Esparta daba oportunidad a sus enemigos de sacarlo a colación una y otra vez. En el mismo pasaje, Tucídides reproduce los descargos tebanos, según los cuales la ciudad fue llevada al *medismo* por una camarilla filopersa que no representaba adecuadamente a la polis. Heródoto es inmisericorde con los tebanos, al afirmar que el contingente enviado por Tebas acompañó a los espartanos en las Termópilas obligado por el rey Leónidas.²⁹ Poco más adelante, el historiador sostiene que lucharon “prácticamente a la fuerza”³⁰ y, apenas vieron la oportunidad, dejaron sus armas e intentaron ganarse la benevolencia del enemigo triunfante, haciendo toda clase de demostraciones de amistad con Persia. Casi cuatro siglos después, Plutarco asumió la defensa de sus compatriotas beocios en *Sobre La Malicia de Heródoto*. El autor de las *Vidas Paralelas* acusa al *Padre de la Historia* de “peculiar mala disposición y odio hacia los tebanos”.³¹ Plutarco no puede negar que los tebanos lucharon bajo las banderas persas tras las Termópilas, pero se apresura a apuntar que lo hicieron por necesidad, ante la amenaza de aniquilación que suponía haber quedado solos ante la monumental fuerza invasora, tal como les pasara a los tesalios al comienzo de la campaña. Menciona, además de la determinación de las tropas tebanas a permanecer al lado de los soldados de Leónidas hasta el amargo final, la participación de los tebanos en el esfuerzo bélico desde el principio, incluyendo la contribución de quinientos hombres en la fallida expedición al valle del Tempe, cuyo fracaso condujo a la defección de Tesalia.³²

No es mi labor juzgar la valentía de los tebanos, ni mucho menos sus intenciones, tal como no he deseado hacerlo respecto de tesalios, corcireos, jonios, sicilianos o argivos. Nada más he querido apuntar un hecho indesmentible, reforzado por las formas de reaccionar de estas *poleis* que desertaron del bando griego en 480 a. de C. Para renunciar al deber sagrado de luchar por la *eleuthería*, resultaba necesario tener buenas razones o, si se quiere, buenos pretextos, cada uno verá cuál calificativo le parece mejor. Simplemente renunciar a la libertad sin más, habría equivalido a renunciar a la calidad de griego, a la mismísima condición humana, tal como la concebían los helenos como parte de su identidad.

4. Bárbaros esclavos y griegos libres: la identidad helénica ante Persia.

Hasta las Guerras Médicas, la expresión *bárbaro* (*barbaros*, posiblemente, imitando el *bar-bar-bar* incomprendible de los idiomas extraños) llamaba la atención solamente sobre las diferencias de lengua entre las comunidades griegas y el resto del mundo. Pero tras el fin de las Guerras Médicas, la carga semántica de la palabra se amplió para contraponer la forma helénica de ver el mundo, especialmente la concepción de la política, con las cosmovisiones de otras sociedades. Toda vez que, en dicha ocasión, el rival a batir fueron las tropas del *Gran Rey*, los persas fueron considerados desde entonces como los bárbaros por antonomasia. Y como la distinción en el terreno de la política debía remitirse al campo de la libertad, el bárbaro era considerado esclavizado a priori, de ahí que la expresión asumiera un significado mucho más peyorativo durante la Grecia clásica, que durante la época arcaica.³³

²⁸ Cfr. Tucídides, III, 53-59.

²⁹ Cfr. Heródoto, VII, 222, 1; Diodoro, XI, 4.

³⁰ *Id.*, VII, 233, 1.

³¹ Plutarco, *Sobre la Malicia de Heródoto*, 31.

³² Cfr. *Ibid.*, 31-33.

³³ Cfr. Gómez Espelosín, Francisco Javier; *Los Griegos: un Legado Universal*, Alianza, Madrid, 2003, pp. 136-139.

La lucha contra los Aqueménidas, al mismo tiempo que terminó de dar forma al concepto de bárbaro, por contraste, permitió a los griegos concebir de manera más acabada la idea de una auténtica Hélade, muy diversa en lo que se refiere a sus miembros, pero mucho mejor distinguida del resto del mundo, donde no se hablaba griego. Las comunidades griegas habían tenido contacto con el resto de la *ecúmene*, algunas más que otras. Un gran emporio comercial como Mileto, Corinto o Siracusa, seguramente estaba más familiarizado con los bárbaros que una pequeña localidad agrícola como la Ascra de Hesíodo o la cerrada Lacedemonia. La primera especulación filosófica jonia es deudora del pensamiento oriental, atestiguando la antigüedad e importancia de los contactos con Levante.³⁴ Pero nada de lo que hubiese pasado antes se asemejaba a la brutal intensidad que supuso el encuentro con miríadas de soldados extrañamente ataviados y, sobre todo, regidos por un sistema tan ajeno a la mentalidad helénica como era el despotismo de los reyes persas. Fue esa radical alteridad del agresor asiático la que acabó de redondear la identidad panhelénica, en lo que tenía de imaginario y en lo que tenía de real.³⁵ Heródoto, precisamente quien fuera el cantor de las hazañas de los griegos en defensa de su libertad, nos habla de “el mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares.”³⁶ El pasaje está dentro del discurso con que los atenienses rechazan la propuesta de paz de Persia, presentada por la mediación de Alejandro II de Macedonia. Los atenienses están manifestando su negativa a traicionar su identidad como helenos, coexistente y superpuesta a aquella que los identifica como jonios y como áticos. Sólo si subsiste la polis, puede permanecer vivo el helenismo, dado que es el único ambiente donde el hombre libre puede desarrollar todas sus potencialidades y dimensiones. Desconocer su condición helena, sometiéndose a Jerjes, habría equivalido a renunciar a la parte más importante de su humanidad.

Atenas fue la gran ganadora de las Guerras Médicas. De ser una comunidad de segundo orden, pasó a convertirse en una potencia, capaz de tratar con Esparta de igual a igual. Quizá por eso las fuentes a veces exageran el aporte ateniense a la victoria, por otro lado innegablemente decisivo. Más allá de los matices, la preeminencia que alcanzó Atenas en todas las áreas de la contingencia y del saber durante el siglo V a. de C., ha sido uno de los factores que explica por qué aún hoy sigue instalado, a nivel de conocimiento popular, ese lugar común que identifica la *eleuthería* exclusivamente con la democracia ática. Hace tiempo, no obstante, que entre los especialistas está claro que las demás *poleis* coaligadas, cada una según sus posibilidades, aportaron tanto o más que Atenas a la victoria frente al potente Imperio Persa. Siguiendo el lugar común, Esparta parece la negación de la libertad, pero todos sabemos que para los griegos eso estaba lejos de ser verdad. Desde la época arcaica, los lacedemonios tenían una bien ganada fama de guardianes de la libertad, en su calidad de enemigos declarados de las tiranías. Hasta la lucha contra los persas, era considerada la primera potencia de Grecia y, por tanto, el epítome de todo lo más típicamente helénico. Eso explica, entre otras cosas, que Aristágoras se haya dirigido primero a Lacedemonia en busca de apoyo para los jonios rebeldes del 499 a. de C. y sólo ante la negativa de los espartanos haya acudido al Ática.³⁷

Demarato, rey espartano destronado, que vivía refugiado en Persia, acompañó a Jerjes en su expedición a Grecia. Jerjes se muestra perplejo por la determinación de los griegos de resistir ante lo que, a simple vista, constituía una abrumadora desproporción en hombres y recursos. Para hacerse entender por el *Gran Rey*, Demarato le habla en estos términos de sus compatriotas, los hoplitas-espartiatas lacedemonios:

³⁴ Cfr. Vernant, Jean-Pierre; *Los Orígenes del Pensamiento Griego*, Paidós, Barcelona, 1992; Jaeger, Werner; *Paideia: los Ideales de la Cultura Griega*, Fondo de Cultura Económica. México D.F., 1975; Rivera C., Jorge Eduardo; *Grecia Fundante: el Ámbito de la Libertad*, en *Estudios Públicos*, 59 (1995), pp. 15-33, Ponce de León, Ximena; *Del Mythos al Logos: del Lenguaje Poético al Filosófico*, en *Revista de Historia Universal*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 7 (1987), pp. 99-110; Nestle, Wilhelm; *Historia del Espíritu Griego*, Ariel, Barcelona, 1975.

³⁵ Cfr. Hornblower, Simon; *El Mundo Griego: 479-323 A.C.*, Crítica, Barcelona, 1985, pp. 11-27.

³⁶ Heródoto, VIII, 144, 2.

³⁷ Íd. V, 49.

Son los mejores guerreros de la tierra. Pues, pese a ser libres, no son libres del todo, ya que rige sus destinos un supremo dueño, la ley, a la que, en su fuero interno, temen mucho más, incluso, de lo que tus súbditos te temen a ti. De hecho, cumplen todos sus mandatos y la ley siempre manda lo mismo: no les permite huir del campo de batalla ante ningún contingente enemigo, sino que deben permanecer en sus puestos para vencer o morir.³⁸

Resultaba habitual en la historiografía antigua que los diálogos y discursos de los personajes fueran ficticios o, al menos, resultaran adornados por los autores, como una forma de resumir el espíritu de las épocas y sus protagonistas. De manera que el pasaje no reproduce el alegato de un espartano chauvinista, sino que corresponde al pensamiento de Heródoto, natural de Halicarnaso, quien no tenía razones en especial para sentir preferencias por Esparta, más que por cualquier otra polis. Los lacedemonios se consideraban tan libres como para ofrendar su vida por la *eleuthería* y entendían que esa libertad sólo se podía desarrollar en una polis soberana regida por la ley, por cuyo mandato derramarían su sangre en el desfiladero de las Termópilas y en los campos de Platea. En el mismo sentido, sobre las tumbas de los hoplitas caídos en las Termópilas, quedó colocado el siguiente epitafio: “caminante, di a los lacedemonios que yacemos aquí por haber obedecido sus leyes.”³⁹

El contraste quedaba así establecido entre los persas —bárbaros por excelencia— regidos por el amo (*déspotes*) de un gigantesco imperio, que reúne poblaciones políticamente indiferenciadas, y los helenos, miembros de un mundo griego conformado por hombres cívicamente activos en comunidades geográficamente muy acotadas, celosamente individualistas, vehementemente independientes y rigurosamente legalistas. He aquí los elementos que con mayor persistencia las fuentes aluden como inherentes a la idea griega de la libertad. A ratos, los griegos podrán sentirse fascinados y hasta admirados por ciertos rasgos de los bárbaros,⁴⁰ pero siempre considerarán que la polis es el único ambiente sobre la Tierra donde el hombre puede desarrollar plenamente las dimensiones más claves de su humanidad.

Además de los rasgos espirituales y de las diferencias institucionales, el contraste se establecía también en asuntos más superficiales. La desnudez es orgullosamente exhibida por el griego, preocupado de entrenar debidamente su cuerpo, no menos que de agudizar su mente con el debate político y filosófico. Tras las Guerras Médicas, fue corriente en la cerámica la utilización iconográfica del soldado persa, ataviado con un complicado vestido, que retrocede ante la embestida del hoplita que se muestra desnudo sin complejos.⁴¹ Ser ciudadano de la polis significaba automáticamente lo mismo que ser soldado, de manera que jóvenes y viejos se afanaban en mantenerse en forma, siempre listos para asumir la defensa de la comunidad: el hercúleo soldado de la cerámica está tan bien entrenado, que no ha menester armadura ante el inútil intento del persa, afeminadamente vestido.

Diversas fuentes refuerzan la dicotomía entre la desnudez del hombre griego —no de las mujeres que, salvo las espartanas, jamás se exhibían sin ropa— y el exceso de vestiduras del bárbaro. Escribió Heródoto que, “entre casi todos los bárbaros en general, ser contemplado desnudo supone una gran vejación, hasta para un hombre.”⁴² Tucídides, en tanto, apunta que antiguamente los atletas competían en los Juegos Olímpicos cubriéndose con un taparrabo, costumbre ya abandonada en la Grecia de fines del siglo V a. de C., pero que seguía presente en otros universos culturales. El autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* refuerza la idea concluyendo que “el mundo griego antiguo vivía de modo semejante al mundo bárbaro de

³⁸ Íd., VII, 104, 5.

³⁹ Íd. VII, 228, 2.

⁴⁰ Cfr. Íd., I, 136-138. Asimismo, Bauzá, Hugo Francisco; *El Problema de la Identidad en el Mundo Griego*, en *Limes*, 9-10 (1997-1998), pp. 137-142.

⁴¹ Cfr. Iriarte, Ana; *El Ciudadano al Desnudo y los Seres Encubiertos en la Antigua Grecia*, en *Veleía*, 20 (2003), pp. 273-296

⁴² Heródoto, I, 10, 3.

hoy.”⁴³ Por último, en su *Ciropeya*, Jenofonte es exponente de una época en que los prejuicios contra el bárbaro se han ido matizando. En pleno siglo IV a. de C, debilitado el paradigma de la polis, la Hélade considera más aceptables algunos modelos políticos alternativos, como la figura del buen monarca. En dicho contexto, la costumbre de ataviarse excesivamente se asocia con Media, donde son comunes “los trajes de púrpura, los caftanes, los collares en el cuello y las pulseras en las muñecas, a diferencia de Persia, donde todavía en la actualidad casas y ropas son mucho más ordinarias y el tipo de vida es más sencillo.”⁴⁴ En tiempos de Jenofonte, la relación entre persas y griegos tenía una larga historia, cosa que contribuía a un mejor conocimiento. La distinción que hace el autor de la inmortal *Anábasis* entre medos y persas lo demuestra, toda vez que en el siglo V a. de C. resultaba usual confundirlos — piénsese en el adjetivo *médicas* con que se individualizan las guerras contra los Aqueménidas—. De todos modos, hasta el final de la época clásica, la mayor parte de las personas sentían muy vivamente su calidad de pertenecientes a un mundo griego marcadamente distinto del resto de la *ecúmene*, especialmente respecto de los persas. Tanto fue así, que Filipo y Alejandro pudieron explotar esa oposición entre griegos y bárbaros para intentar unir tras su trono, no siempre con éxito, a todos los helenos en la guerra que vendría a vengar la agresión de 490-479 a de C.

5. Conclusión

Para las fuentes clásicas, las Guerras Médicas son mucho más que una lucha por la independencia de las *poleis*. Mantener a las comunidades griegas a salvo del despotismo oriental significaba preservar el único ambiente donde el hombre griego podía desarrollar sus mejores rasgos espirituales y sociales. Si una polis no es libre, deja de ser polis, y si un heleno dejaba de formar parte de una colectividad de ciudadanos, convertidos en súbditos, dejaba de ser integralmente hombre. De ahí que el enfrentamiento con los Aqueménidas haya adquirido este significado casi épico, cargado del contraste entre una Hélade condicionada por la *eleuthería* y un universo bárbaro donde la libertad era imposible, tal como la concibió la Grecia clásica. Este instante supremo de defensa de la libertad ha mantenido cautiva a la imaginación de Occidente y ya había hecho lo propio con la mentalidad de los griegos, al punto en que los ecos de Maratón, Salamina y las Termópilas sirvieron para transformar el carácter de las fuentes y la posteridad individualizó esas luchas como la culminación de los espíritus de los griegos, forjados en la filosofía naciente de la edad arcaica, listos para convertirse en los protagonistas de la época clásica, el período más brillante de la civilización helénica.

⁴³ Tucídides, I, 6, 6.

⁴⁴ Jenofonte, *Ciropeya*, I, 6, 2.